



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 21.

JUEVES 23 DE JULIO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LOS DOS OCEANOS, por A. de Humboldt.—MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON, por Adela.—LA BATALLA DE LORA, poema de Ossian.—MARGARITA DE AUSTRIA.—LOS SEPULCROS (Conclusion).—DE LOS HABITANTES DEL AIRE.—BIBLIOGRAFIA, por J. de Dios de la Rada y Delgado.—NO TE MARCHARAS, por Adolfo Miralles de Imperial.—PENSAMIENTOS.

LOS DOS OCEANOS.

Nuestro planeta, la Tierra, está rodeado por dos océanos; cuasi en su totalidad por uno de ellos, y enteramente por el otro. Líquida una de estas cubiertas y gaseosa la otra, ofrecen á la vez ciertos contrastes y analogías, contrastes producidos por la diferencia, que en cuanto á la elasticidad y al modo de agregacion de las moléculas, existe entre los gases y los líquidos; y analogías causadas por la movilidad que es comun á las partes constituyentes de los fluidos y de los líquidos, lo que especialmente se manifiesta en las corrientes y en la propagacion del calórico. Las profundidades de ambos océanos no han podido ser medidas todavía por el hombre. En vano se han sondeado los mares de los trópicos: el fondo no se halló con un cabo que medía 7,500 metros, y si la atmósfera, segun Vollaiston, termina en un límite fijo parecido á la superficie ondulada del mar, la teoría de los fenómenos crepusculares daría para el océano aéreo una profundidad cuando menos nueve veces mayor. Es digno de notarse que una parte de este último océano descansa sobre la tierra firme, cuyas montañas y mesetas, valles y quiebras de los montes, vienen á ser respecto de él otros tantos bajos y escollos, donde sufren diferentes alteraciones sus corrientes aéreas.

Conforme á leyes inmutables, en ambos océanos decrece la temperatura, partiendo de

sus límites comunes, ya sea ascendiendo por las capas aéreas, ya descendiendo por las acuosas. Este decrecimiento, sin embargo, es mucho mas rápido en el agua que en el aire. En la superficie de aquella se observa constantemente una tendencia á ponerse en equilibrio con la temperatura de las capas atmosféricas que están en contacto con ella. Repetidas observaciones han dado á conocer, no obstante, que desde el ecuador hasta los paralelos de 48° de latitud austral y boreal, la temperatura media de la superficie de los mares se eleva un poco sobre la de la atmósfera. De todos modos, estas leyes armónicas en la temperatura de los mares, influyen poderosamente, no solo en la conservacion y propagacion, si que tambien en la emigracion de los seres animados que los pueblan, por cuanto ascendiendo ó descendiendo en el Océano los peces y demás habitantes del mar, hallan las temperaturas que mas favorables son á su existencia.

Por otra de las leyes armónicas que rigen en el universo, las corrientes establecidas en las profundidades del grande Océano, que se dirigen constantemente de los dos polos al ecuador, hacen que reine en toda la estension de las capas inferiores que recorren una temperatura cuasi glacial, favorable á la naturaleza de los seres que tienen necesidad de aquella temperatura. Si asi no fuera, esta no bajaria jamás del minimum de calor reinante en las capas aéreas en contacto con el mar, conforme dijimos antes. Esta ley, sin embargo, está modificada en otros mares por causas parecidas, produciendo efectos análogos. En el Mediterráneo es poco sensible la disminucion de calórico en sus capas mas inferiores, manteniendo el cuasi constante equilibrio de temperatura que reina en sus aguas, la corriente superior que, viniendo del Océano Atlántico, entra por el estrecho de Gibraltar y se dirige de Oeste á Este, y la contra-corriente inferior, que desemboca en el grande Océano, oponiéndose á la introduccion de la corriente polar

inferior que pasa junto á la entrada de este mar céntrico.

La série de observaciones hechas en el mar del Sur, han demostrado que en la zona tórrida, y principalmente en los paralelos comprendidos entre el grado décimo al Norte y al Sur del ecuador, la capa inferior del océano líquido de nuestro planeta tiene aun lejos de las costas y corrientes una temperatura que permanece conforme y constante en muchos miles de leguas de distancia. Estas observaciones han dado pie para conjeturar por medio del calor medio de los mares intertropicales, el modo de resolver el gran problema relativo á la invariabilidad de los climas y del calórico terrestre.

Las aguas de los mares no son todas igualmente salobres, ni coincide su maximum de densidad con el de temperatura, ni con el ecuador geográfico. Parece que forman dos fajas no paralelas al Norte y al Sur. Segun las observaciones de Lenz en su viaje alrededor del mundo, las aguas mas densas ó salobres, estando el mar tranquilo, se hallan á los 22° de latitud septentrional y á los 48° de latitud meridional; y las zonas de las aguas menos saladas, á pocos grados al Sur del ecuador. Respecto á su altura media, generalmente todos los mares que tienen inmediata comunicacion, guardan un mismo nivel. Unicamente ciertas causas que podemos llamar de localidad, y muy probablemente los vientos y corrientes presentan algunas escepciones, si bien poco notables, en esta regla general. En el istmo de Suez, por ejemplo, se ha observado que el mar Rojo suele estar de 28 á 32 pies mas alto que el Mediterráneo, segun las diversas horas del día; diferencia muy notable, observada ya por los antiguos, y que se cree depende de la forma particular del estrecho de Bab-el-Mandeb, en el cual, si bien penetran fácilmente las aguas del Océano Indico, les es muy difícil la salida. Los cálculos geodésicos de Coraboeuf y Delcros han demostrado que de un cabo á otro de la

cordillera pirenaica, así como desde el punto mas entrante del golfo de Lion á la Holanda Septentrional, no media diferencia sensible entre el nivel del Océano y el del Mediterráneo. También es poco notable el desnivel entre el mar del Sur y el de las Antillas. De la nivelacion geológica ejecutada por Lloyd y Falmarc en 1828 y 1829 resultó que el primero de dichos mares se halla todo lo mas á tres y medio pies por debajo del nivel del segundo, y que uno de estos dos mares está alternativamente mas bajo ó mas alto que el otro, segun las horas de sus mareas respectivas.

Son de tres especies las perturbaciones en el equilibrio de las aguas de los mares y los movimientos que de ellas resultan, á saber: irregulares y accidentales; regulares y periódicas, y pelágicas. Las primeras, cuyo origen se halla en los vientos, producen en alta mar las olas cuya altura alcanza á veces proporciones considerables; las segundas dependen de la posicion y de la atraccion del sol y de nuestro satélite, perturbacion conocida por el flujo y reflujo; y las terceras son permanentes, aunque variables respecto á su intensidad, y cuyas causas mas conocidas diremos luego. El flujo y reflujo y las corrientes oceánicas, deben llamar particularmente nuestra atencion. Respecto al primero de estos fenómenos que se observa en todos los mares, á escepcion de los mas pequeños, en los que apenas es perceptible, se explica perfectamente en el sistema newtoniano. El flujo y reflujo de las aguas del Océano, llamado en su conjunto marea, dura 12 horas 24 minutos aproximadamente, y este intervalo de tiempo es precisamente el que separa dos pases consecutivos de la luna por el mismo meridiano. En alta mar se elevan muy pocos pies las aguas; pero á causa de la configuracion de algunas costas, que impiden el desarrollo de las olas, como por ejemplo, en las de Arcadia, llegan hasta 82 pies de altura. Laplace ha demostrado de un modo analítico, que sin tener en consideracion la profundidad del Océano, como cosa imperceptible relativamente al diámetro de la tierra, la estabilidad del equilibrio de los mares exige para la masa líquida una densidad inferior á la densidad media de la tierra, y siendo esta cinco veces mayor que aquella, nunca las tierras altas pueden ser inundadas por el mar, lo que prueba tambien de un modo cuasi indubitable, que los restos de los animales marinos que se encuentran en grandes alturas de la tierra, no han sido arrastrados á aquellos lugares por mareas de mas elevacion de las que nosotros conocemos. Por medio de las efemerides astronómicas, buscadas en la teoria del autor citado, se indica la altura de las mareas que deben ocurrir en cada sicigia, esto es, en el momento en que la luna, el sol y la tierra se hallan en la misma linea recta. En el espacio de un mes lunar, si se observan las alturas á que llega el mar y su nivel mas bajo diario, se verá que las mas fuertes mareas tienen lugar cerca de las lunas llenas y nuevas ó de las sicigias, y las mas débiles en los cuartos, época en que aquellos tres astros están colocados en ángulo recto. No estará por demás añadir en este lugar, que este periodo de elevacion y descenso sigue exactamente el movimiento de la luna en su órbita, y se reproduce en cada luna. Por otra parte, cuanto mas considerable es la altura total de la marea, tanto mas cerca se halla la luna de la tierra. Una circunstancia análoga se verifica tambien, atendida la distancia que media de la tierra al sol, porque se ha observado que las mareas son mas considerables en invierno que en verano. En fin, las mareas sicigias decrecen cuando están próximos los solsticios, y son mayores hácia los equinocios.

(Se continuará.)

A. DE HUMBOLDT.

MODAS Y CONVERSACIONES DE SALON.

El verano es la estacion de los viajes, de

los placeres del campo y de las aguas, para la alta sociedad europea.

Estacion de ricos, con que sueña el pobre que encierra siempre el porvenir de alguna belleza enamorada ó de algun talento que suspira por darse á conocer, y no pocas veces la ruina de las reputaciones y de las fortunas, que la vanidad ó la imprudencia comprometen á los azares del juego y de la moda.

En el mes de junio se cierran los salones, cesan los bailes, se acaban los conciertos, se interrumpen las recepciones oficiales, se reducen las *soirées* ó reuniones de familia, se suspenden todas esas fiestas ruidosas y escitantes del invierno, y la buena sociedad sale á respirar el aire puro de la mañana, á moverse con libertad, á ver el sol y á recibir las primeras impresiones de la naturaleza que despierta y se engalana sintiendo y respirando amor.

La juventud elegante, agitada por ese sentimiento vago, por ese exceso de vida que nos inspiran las ardientes emanaciones y los primeros rayos del sol *primaveral*, se lanza en pos de los placeres activos de las carreras de caballos y de la caza, y las mujeres siguen instintivamente el ejemplo que les da la naturaleza, y como ella se llenan de flores y se visten de colores, combinados con una intencion y un arte que solo al amor le es dado imaginar.

Y en torno de esas bellísimas creaciones del arte de la *toilette*, que en forma de mujeres se presentan por todas partes, y al lado de esos jóvenes que hacen correr sus caballos de pura sangre sobre los obstáculos artificiales, esponiendo á ellos muchas veces sus fortunas; que los montan para marchar al estribo de una elegante carretela, coronada de bellezas, para seguir la caza; se agrupan los hombres del poder, las entidades pecuniarias, las celebridades de la época y los antiguos militares, los viejos veteranos de la moda, que juntos constituyen lo que, á falta de expresion mas nueva, todavía se llama el mundo *comme il faut*.

Llega en tanto el mes de julio, al través de los *pronunciamentos* parciales del espíritu de la coqueteria, las revoluciones de las tiendas, las peripecias de la *toilette* y no pocos sacudimientos de bolsillos, y la sociedad siente una nueva necesidad, mas imperiosa y mas imprescindible que la de trocar en mayo el aire tibio y perfumado de los salones, por el fresco y ligero de los campos. La necesidad de viajar: la de dejar su casa á todo trance y de salirse á buscar impresiones modestas ó agradables que poder contar al regresar.

La misma necesidad, el mismo deseo, el mismo abinco, se manifiesta en todas las capitales y las grandes ciudades de la Europa, en Londres, en San Petersburgo, en París, en Turin, en Viena, en Roma, en Bruselas y en Berlin; porque los gustos y los usos parisien-ses, son á la buena sociedad europea lo que las ideas políticas de Francia fueron un día para los otros pueblos; el bello ideal á que todos aspiraban.

«Cuando la Francia está en paz, el mundo está tranquilo,» y cuando en París se baila, la Europa entera danza á su compás. Esa es su gloria, la que nadie le ha disputado todavía y la que viene á participar todo el que puede.

En la primera quincena del mes de julio, queda la capital desierta, es decir, entregada á los malaventurados, porque trabajan, á los no elegidos, porque tienen una profesion cualquiera, á los extranjeros no naturalizados, porque los que ya lo están siguen naturalmente la corriente de la emigracion, y á los que vienen al mundo con el pecado original de haber nacido en las provincias ó el no menos grave de vivir en ellas.

También se quedan los perdistas, esos *girasoles* de las letras, cuya fisiología no se ha acertado á hacer todavía, y que así viven á los 30° de calor que está marcando ahora el termómetro, como entre los hielos del invierno, y á la sombra de la libertad de imprenta ó bajo la alta presion de un golpe de Estado.

Le beau monde y como una parte de él, mas ó menos importante, los diplomáticos, los altos funcionarios del Estado, los hombres de letras, los artistas, los ricos negociantes, los banqueros, los caballeros de industria, las reputaciones medias, todas las plantas parásitas de las grandes ciudades, están ya en marcha, obedeciendo á ese instinto y á esa ley comun que les llama.

En Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Bélgica, en todas partes se opera el mismo movimiento, y si se pregunta á esa caravana inmensa, que habla en todas las lenguas, y que como ciertos animales siguen de ordinario el curso de los rios y ladean ó trepan las montañas siempre juntos, por qué viaja, responderá á una voz *porque está en uso, porque es moda*.

Algun joven poeta ó novelista nos dirá, yo viajo porque desde Homero hasta Byron y desde Richardson y Walter Scott hasta Alejandro Dumas y Eugenio Sué, todos los poetas y los novelistas han viajado.

El turista de profesion, el escritor apasionado y el artista, salen en pos de nuevas impresiones y nuevos cuadros que pintar; y los don Juanes y Lovelaces en busca de aventuras que agregar al largo catálogo de sus triunfos, afectando siempre el fastidio de la vida y de todos sus placeres.

Las madres jóvenes y hermosas pretenden viajar por complacer á sus hijas, como la viuda rica por consolar e recorriendo los lugares que en otro tiempo visitó con su marido, y mas de un solteron á *bonne fortune* y de una muchacha que suspira por hacer la suya, sueñan desde el invierno para el verano, el uno con la joven honesta y recatada que ha de fijar su estrella y poner término á sus largas soledades, y la otra, con el joven príncipe ó el banquero millonario, que prendados de su hermosura y fascinados por su encanto irresistible y por sus gracias, han de ofrecerle riquezas, libertad y amor.

Hay quien viaja solo por sentir despues mejor las ventajas y los goces de su vida regalada, muchos lo hacen porque tienen amigos que constantemente los atormentan ó los humillan con la relacion de sus largas correrías, y el mayor número porque otros lo han hecho antes que ellos.

La eleccion del lugar es siempre cosa secundaria: el viaje es lo que importa, y aquella se hace con relacion á la posicion social ó á la fortuna; se regula por las aspiraciones de cada uno y se altera, se cambia ó modifica, segun el curso de la emigracion y las variaciones del compás que la dirige.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Figura sentada.—Traje de casa de granadina color de cabellos de la emperatriz, con pequeñas rayas perpendiculares de seda negra. Falda lisa: cuerpo-marinera de vauyouk con bullones de la misma tela separados por entredoses bordados. Cinturon Médicis con dos puntas delante y otras dos detrás de terciopelo negro.

Figura de pie.—Vestido de glasé color de malva: falda lisa: cuerpo de escote cuadrado: manga entreancha de codo: manteleta talma de glasé negro adornada con un ancho guipur. Sombrero de crespon blanco con un grupo de flores de campo encima del ala y una banda trasversal de tul blanco sosteniéndole. Enagua bayadera de lana color de maiz con disposiciones y un volante encañonado color de pasa.

LA BATALLA DE LORA.

POEMA DE OSSIAN.

Hijo del extranjero, habitante de las cavernas silenciosas, ¿es el viento el que murmura en tus bosques? ¿Es el eco de tu voz lo que hiera mi oído? El torrente muge, pero oigo

también acentos melódicos, ¿cantas los héroes de tu patria? ¿cantas los espíritus del cielo?

Habitante solitario de la roca, dirige tus miradas hacia esas vastas malezas; ves esas tumbas cubiertas de un musgo amarillento; ves sus piedras cubiertas también de musgo, tú las ves, pero los ojos de Ossian están cerrados a la luz.

Un torrente se precipita desde la montaña y arrastra sus ondas alrededor de la verde colina; sobre la cima, cuatro piedras se elevan en medio de una yerba ya ajada; dos árboles encorvados por las tempestades inclinan sus ramas desnudas.

Allí reposas tú, Erragon, allí está tu estrecha morada; hace mucho tiempo que tus fiestas se han olvidado en Sora y el orin ha ennegrecido tu escudo en el palacio de tus padres. El ragon, rey de los navis, jefe de los países lejanos, ¿cómo has perecido en nuestras montañas?

Hijo de la caverna solitaria, ¿el canto halaga tu oído? Escucha el relato de la batalla de Lora; esta batalla es antigua y el ruido de las armas ha cesado hace mucho tiempo. De este modo el rayo, sobre la colina oscurecida, trueno, estalla y se extingue en el espacio; el sol vuelve a aparecer tranquilo y las rocas brillantes y las cimas de las montañas parecen sonreír a sus rayos.

La bahía de Cona recibió nuestros barcos a nuestro regreso de Ullin. Nuestras velas inclinadas pendían de los mástiles y los vientos fogosos fueron a rugir detrás de los bosques de Morven. El cuerno de Fingal resonó; nuestras flechas mortíferas volaron por las florestas y se preparó la fiesta; nos hallábamos en la alegría, acabábamos de vencer al terrible Swaran.

Todos los héroes fueron invitados a la fiesta excepto Aldo y Maronnan que fueron olvidados. Ambos concibieron un violento despecho; silenciosos, lanzaban miradas centelleantes y sus suspiros salían a pesar suyo de su pecho; se los veía hablar uno con otro y lanzar con indignación sus lanzas sobre la maleza. Parecían, en medio de la alegría universal como dos columnas de niebla sobre un mar tranquilo y unido; las olas brillan a los rayos del sol, pero el piloto temblando, prevee la tempestad.

¡Que mis velas, exclama Maronnan, se desplieguen a los vientos de Occidente! ¡Aldo, surquemos las olas espumosas del Norte, porque hemos sido olvidados para la fiesta aunque nuestros brazos se han bañado cien veces en la sangre de los enemigos! ¡Dejemos las colinas de Fingal, vamos a servir al rey de Sora, es valiente y fiero; la guerra le rodea; ven, Aldo, ven para que nos cubramos de gloria en los combates de Erragon!

Cogen sus armas y vuelan a la bahía de Lumar. Llegan al palacio del altivo soberano de Sora que volvía en aquel momento de la caza; su lanza estaba teñida de sangre; su rostro sombrío estaba inclinado hacia la tierra; iba silbando al andar.

El héroe invitó a los dos extranjeros a sus fiestas; los vio combatir y vencer bajo sus estandartes.

Aldo vuelve triunfante al palacio de Sora; la esposa de Erragon, la bella Lorma estaba en una de las torres; sus ojos húmedos están llenos de amor; su negra cabellera flota sobre sus hombros; su seno se levanta y se baja como la nieve que un viento suave levanta muellemente a los rayos del sol.

Lorma ve al joven Aldo; le ve y su tierno corazón suspira; sus bellos ojos se humedecen de lágrimas; su cabeza se inclina sobre su brazo de alabastro. Tres días permaneció así en el palacio de su esposo ocultando su pasión bajo las apariencias de la alegría; el cuarto día huyó con el héroe a quien amaba.

Llegan a la bahía de Cona y se presentan en el palacio de Fingal.

Orgulloso Aldo, dice el rey de Morven, ¿debo librarte de la venganza del rey de Sora? ¿quién querrá en lo sucesivo recibir a mis

guerreros en su palacio? ¿Quién querrá hacer que se sienten los extranjeros a sus fiestas desde que el temerario Aldo ha robado a la esposa de Erragon? Retírate a tus colinas, raptor injusto, la guerra en que nos comprometes con el rey de Sora es una guerra deplorable.

Sombra del generoso Trenmor, ¿cuando cesará de combatir Fingal? ¿He nacido en medio de las batallas y es preciso que hasta que llegue a la tumba vaya caminando sobre sangre; pero a lo menos mi brazo no insultó jamás al débil; este acero perdonó siempre al guerrero sin defensa! ¡Oh, Morven! veo en el porvenir mi palacio derribado por las tempestades. ¡Cuando mis hijos hayan muerto en los combates; cuando no queden ya habitantes en Selma, una raza degenerada vendrá a hollar mi tumba; mi fama vivirá aun en mis cantos, pero las acciones de Fingal parecerán una fábula a los siglos venideros!

Los guerreros de Erragon se reúnen a su alrededor como las tempestades alrededor de un fantasma de la noche que las atrae desde la cima de Morven y se prepara para lanzarlas sobre las llanuras extranjeras.

El rey de Sora, habiendo desembarcado en la costa de Cona, envía un bardo para pedirle el combate o la soberanía de muchas colinas.

Los jóvenes guerreros de Morven habían ido a la caza y se perdían a lo lejos en el desierto. Fingal está sentado en su palacio en medio de los compañeros de su juventud. Estos héroes de cabellos blancos hablaban de los hechos de los tiempos pasados y de sus primeras hazañas cuando vieron entrar al anciano Narmor, soberano de las orillas del Lora.

—No es este el momento, los dijo, de escuchar la historia de los tiempos antiguos. El sombrío Erragon está en la costa, trémulo de indignación en medio de sus guerreros.

—Ven, Bosmina, dijo en seguida Fingal; ven, hija mía; Narmor lleva los soberbios corceles que hemos conquistado a los extranjeros y acompaña a la hija de Fingal. Bosmina, invita al rey de Sora a nuestra fiesta, que venga a los muros hospitalarios de Selma; ofrécele la paz y tesoros. Nuestros guerreros jóvenes están lejos y la vejez pesa sobre nuestras manos temblorosas.

La joven virgen obedece. Llega, se presenta en medio del ejército de Erragon como un rayo de luz en medio de una nube sombría. En su mano derecha brilla una flecha de oro, en la izquierda tiene una copa resplandeciente; es el signo de la paz.

A su aspecto la frente de Erragon se aclara como una rosa herida súbitamente por los rayos del sol cuando salen de una nube desgarrada por los vientos.

—Hijo del extranjero, le dice Bosmina sonrojándose, pero con voz animosa, ven a la fiesta del rey de Morven, ven a los muros hospitalarios de Selma; acepta la paz que te ofrecen los héroes y deja reposar ese acero a tu lado. Si las riquezas de los reyes pueden interesar a tu corazón, escucha las proposiciones del guerrero que te ha ofendido, te dará cien corceles soberbios que sus padres han hecho dóciles, cien bellas extranjeras y cien halcones con las alas extendidas que persiguen su presa en los aires; te ofrece además cien cinturones destinados a adornar el talle de las esposas, a acelerar el nacimiento de los héroes y a calmar el dolor de sus madres. Diez copas adornadas de piedras preciosas brillarán si quieres, en el palacio de Sora; el agua que se agita alrededor de sus bordes cubiertos de estrellas, parece vino espumante; los reyes del mundo adornaron con ellas en otro tiempo sus festines; todas estas riquezas serán tuyas, ó si prefieres tu esposa, volverás a ver a la bella Lorma en tu palacio; Fingal es amigo del valeroso Aldo, su brazo es invencible, pero Fingal no insultó jamás a ningún héroe.

—Jóven, replicó Erragon, ves a decir a tu padre, que prepara en vano su fiesta. Que venga él mismo si quiere la paz, que venga a poner a mis pies todas sus riquezas, que

venga a humillarse bajo mi dominio y que me traiga los escudos y las hachas de sus abuelos para que mis hijos puedan decir al verlas en mi palacio: ¡hé aquí las armas de Fingal!

—Tus hijos no las verán allí jamás, repuso con altivez la hija de Morven; esas armas están en manos de héroes que no han cedido nunca. Hijo del extranjero, la tempestad se forma encima de nuestras colinas, ¿no prevees la ruina de tus guerreros?

Bosmina vuelve al palacio de Selma; Fingal al verla adelantarse con los ojos bajos, se levanta inmediatamente de su asiento; sus cabellos blancos se agitan sobre su frente irritada.

Reviste la armadura de Trenmor y coge el escudo de sus padres. Cuando llevó la mano a su lanza, la oscuridad se esparció por su palacio, mil sombras de héroes se acercaron en sus nubes y presagieron los desastres del combate.

Una alegría terrible se muestra en el rostro de los ancianos que le acompañan; al marchar contra el enemigo, su pensamiento se anima con el recuerdo de los tiempos pasados y la gloria que debe sobrevivir los exalta su valor.

En aquel instante, hacia donde está la tumba de Trathal aparecen los perros que vuelven de la caza. Fingal comprendió que le seguían sus jóvenes guerreros y se detuvo en medio de su carrera; Oscar apareció el primero; Gaul iba detrás de él con el hijo de Nemi; Fergus los seguía con aire sombrío; Dermid abandonaba su negra cabellera a los vientos.

Ossian venía el último. Hijo de las rocas, yo venía murmurando los cantos de los tiempos pasados; me apoyaba en mi lanza para atravesar los torrentes y mi alma estaba llena del recuerdo de los héroes.

Fingal golpea su escudo y da la señal del combate; mil hachas levantadas a la vez, resplandecen sobre la maleza agitada; tres bardos de cabellos blancos hacen oír el himno lúgubre de la muerte.

Marchábamos con paso acelerado sobre la llanura en masa profunda y compacta, semejantes al torrente engrosado por la tempestad que se precipita en las gargantas de las montañas.

Fingal se sienta sobre una colina y deja desplegarse al viento el estandarte de Morven; los ancianos compañeros de su juventud están a su lado. La alegría brilló en los ojos de estos héroes de cabellos blancos, cuando vieron a sus hijos combatir con valor y sostener en la lucha la gloria de sus padres.

Erragon se lanza al combate; las masas se derriban a su paso y la muerte vuela en torno suyo.

—¿Quién es, dijo Fingal, ese guerrero, cuyo paso es tan rápido? su escudo brilla a su lado y sus armas hacen un sonido lúgubre. Ataca a Erragon.... amigos, contemplad el combate de esos dos héroes.... pero tú caes, jóven habitante de la colina, y tu sangre corre por tu pecho. ¡Llora, desgraciada Lorma, Aldo no existe ya!

Fingal, irritado por la muerte de este guerrero coge su lanza, y echando una mirada mortal sobre el enemigo, iba a descender, pero Gaul se precipita sobre Erragon; ¿quién podría describir el combate de estos dos héroes? Erragon cae y muere.

—Hijos de Morven, exclamó Fingal, detened el brazo de la muerte. ¡Temible era el héroe que veis echado sobre la arena! ¡qué de lágrimas van a correr en Sora! El extranjero entrará en el palacio y se admirará de su profundo silencio. El rey no existe y la alegría que animaba sus fiestas ha muerto con él. Extranjero, presta el oído al ruido de sus florestas; tal vez su sombra vaga por estos lugares, pero él, caído a impulsos de los golpes de un guerrero de países lejanos duerme sobre el Morven.

Así habló Fingal; los bardos entonaron el himno de la paz; nuestras hachas levantadas para herir aun, se detienen y perdonan a los vencidos.

Colocamos á Erragon en esta tumba; yo hice oír cantos de dolor. La noche descendió sobre nuestras colinas; la sombra de Erragon apareció á algunos de nuestros guerreros; tenía un aspecto sombrío y triste y parecía suspirar. ¡Paz á tu alma, rey de Sora! ¡tu brazo fue terrible en los combates!

Lorma estaba sentada, inquieta en el palacio de Aldo y delante de un tronco de encina abrazado. La noche descende sobre la llanura, pero Aldo no vuelve y el alma de Lorma está triste. ¿Qué puede detenerte, amable cazador? me habías prometido volver por la tarde. ¿El ciervo que perseguías te ha conducido á una llanura lejana? ¿á qué malezas distintas han llevado tus pasos los vientos de la noche? Estoy sola en países extranjeros y no tengo mas amigo que Aldo, ¡oh, amado mío! ¡desciende de tu colina!

Sus miradas se dirigen incesantemente hacia el pórtico del palacio; escucha el ruido de los vientos, cree oír los pasos de su amante y la alegría brilla en su rostro, pero bien pronto el dolor le oscurece de nuevo. «No vienes, objeto de mi amor; voy á dirigir mis miradas hacia tu colina. La luna está en el Oriente y la superficie del lago se halla tranquila y brillante. ¿Cuándo veré volver de la caza á tus fieles perros? ¿Cuándo podré oír tu voz querida mezclarse con el silbido de los vientos?



Modas de la estación.

¡Desciende de tu colina, amable cazador!

La sombra de Aldo apareció sobre una roca, semejante al pálido rayo de la hija del cielo cuando se desliza entre dos nubes y la lluvia de la media noche cae sobre la llanura.

Lorma comprende entonces que su héroe no existía; sigue al fantasma á lo largo de la maleza; y oía sus gritos lastimeros; se asemejaban en la lejanía al murmullo del céfiro cuando suspira en la yerba de una caverna solitaria.

Llega y encuentra á su amante sobre la tierra enrojecida por la sangre..... Entonces deja oírse su voz; vuelve á todas partes en silencio sus ojos apagados; pálida y bañada en lágrimas se asemeja al vapor lluvioso que se ve levantarse de un lago á la débil claridad de la luna.

Lorma vivió pocos días en Morven; pronto descendió á la tumba y los bardos, por orden de Fingal, cantaron sus desdichas. Todos los años cuando los vientos de otoño traen las

tempestades, las mujeres de Morven consagran un día á llorarla.

Estranjero (1), esta tierra está cubierta de héroes; canta alguna vez la gloria de estos muertos célebres; que sus sombras ligeras vengan á regocijarse en derredor tuyo; que la desgraciada Lorma descienda en un rayo de luna cuando este astro ilumine tu caverna y alumbre tu sueño; tú verás á esta desgraciada; es muy bella aun, pero sus mejillas pálidas están siempre bañadas en lágrimas.

MARGARITA DE AUSTRIA.

Esta reina de España nació el 23 de diciembre de 1584 y falleció el 13 de octubre de 1611.

(1) Este canto está dirigido á uno de los primeros misioneros cristianos que vivían en cavernas solitarias. Los reyes del mundo, que cita en una de sus estrofas son los emperadores romanos y los caballos conquistados á los extranjeros, son los que los guerreros de Fingal habían cogido en las batallas á los soldados romanos.

Era hija del archiduque Carlos de Austria y de María de Baviera, casándose con el hijo de Felipe II, rey de España, que subió al trono en 1598 bajo el nombre de Felipe III. La ceremonia de los esponsales se hizo en Ferrara, por el papa Clemente VIII. Doña Margarita vivió completamente apartada de los negocios políticos, dedicándose solo á obras piadosas y á la fundación de conventos. Entre sus hijos contó á Felipe IV, rey de España, y Ana de Austria, reina de Francia.

LOS SEPULCROS.

(CONCLUSION.)

Los romanos se conformaron con los usos de las naciones que poblaron la Italia ó siguieron el camino que les trazó la naturaleza, enterando los muertos. Numa tuvo su sepulcro so-

bre el monte Janículo, que entonces no estaba en el recinto de la ciudad. Los reyes que le sucedieron tuvieron el suyo en el campo de Marte, entre el Tíber y la ciudad. Las vestales gozaban de la prerrogativa de ser enterradas dentro de la ciudad; pero las que quebrantaban el voto de castidad que habían hecho, eran enterradas en un campo que, tomando el nombre de este pecado, fue llamado *campo del delito*. Los generales participaron luego de este honor, que se extendió finalmente á los principales de la nación. Pero la ley de las doce Tablas corrigió estos abusos, prohibiendo que nadie fuese enterrado dentro de la ciudad. Por los mismos términos de la ley: *hominem mortuum, in urbe ne sepelito, neve urito*, dan á entender que los romanos enterraban ó quemaban sus cadáveres; y con efecto, esto se verificó después del siglo IV de la república; pero fue acordado enterrar una pequeña porción del cuerpo como por ejemplo, un dedo, aunque hubo algunas familias ilustres que no adoptaron esta nueva práctica: la Cornelia continuó á enterrar sus muertos hasta el tiempo de Sylla, que mandó que su cadáver fuese quemado, tal vez por temor de que fuese mudado de puesto, como él lo había hecho con el de Mario.

La nueva práctica de la combustión hizo pensar á los romanos en defender la ciudad de los incendios y de las exhalaciones de los cadáveres espuestos á la acción de las llamas. La ley, pues, ordenó, que las *sepulturas* y las combustiones sobre dichas se ejecutasen en campo raso. No solo el cuidado de la salud pública precisó á los romanos á tener sus *sepulturas* distantes de la ciudad, sino también las máximas de la religión. *Corpus*, dice el jurisconsulto Paulo, *in civitatem inferri non licet, ne funestentur sacra divinitatis*. Los emperadores

Diocleciano y Maximiano hicieron la misma prohibición en la ley 12 del Código sobre los lugares sagrados: *ne sanctum municipiorum jus polluat*. Esta opinión tuvo el mismo valor en los emperadores cristianos, como es de ver por la ley del emperador Teodosio, de la que hablaremos mas abajo. Por desperdiciarse los campos propios para el cultivo por causa de las *sepulturas* que se hacían en ellos, dejaron los romanos de hacer nuevas *sepulturas* en las campiñas. Las familias mas ilustres, como los

Metelos, los Claudios, los Scipiones, los Servilios, los Valerios, etc., fueron enterradas á lo largo de los caminos. De aquí tomaron origen los nombres de: *Via Aurelia, Flaminia, Lucilia, Appia, Laviniana, Julia*. Muchos colocaron sus *sepulcros* en las colinas de los jardines.

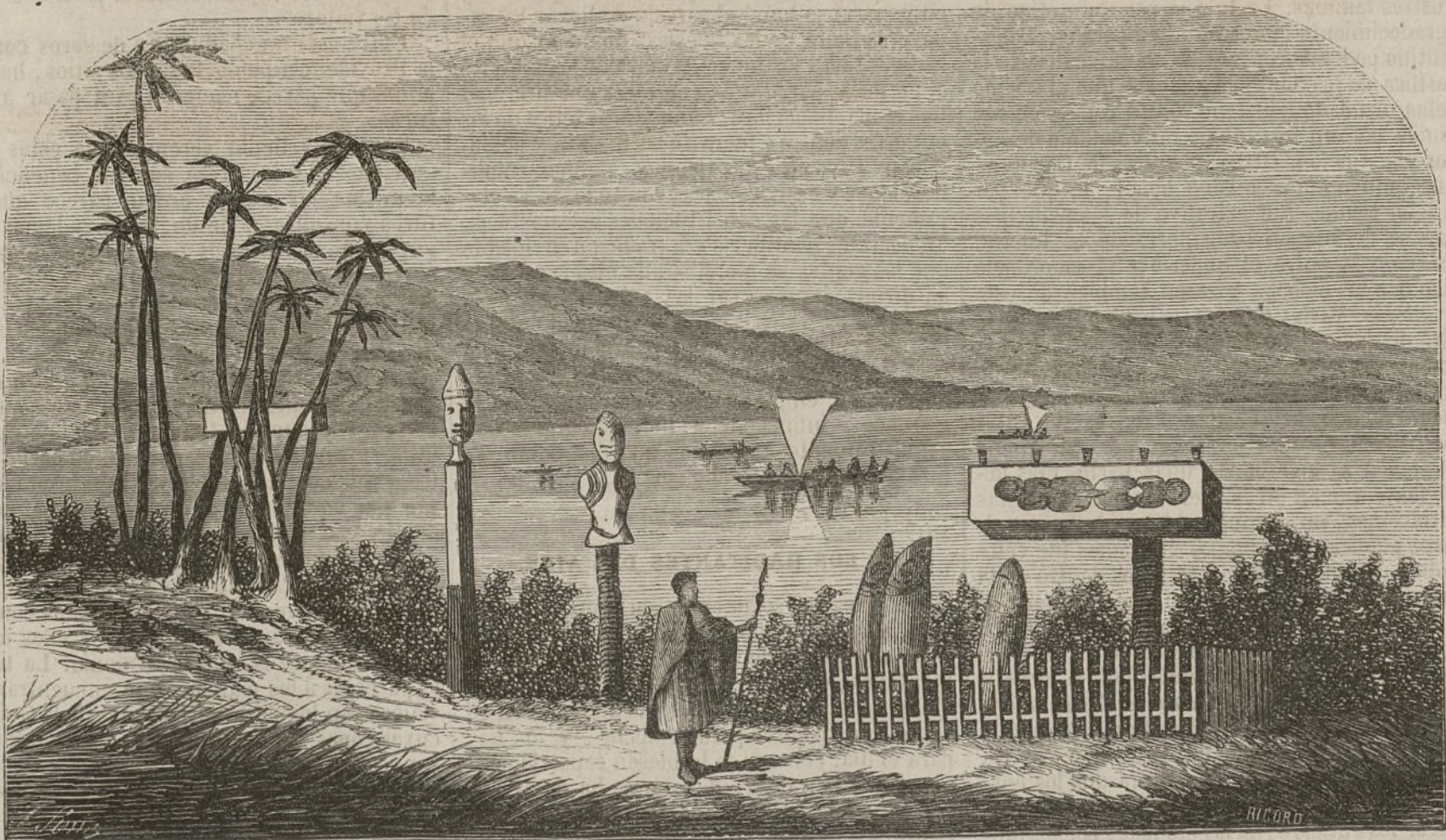
El pueblo romano tuvo también hogueras públicas que se llamaban *ustrinae* y *sepulturas* comunes: estas se llamaban *puticuli*, y eran unos hoyos profundos á manera de pozos á donde eran echados los cadáveres de la gente popular. *Hoc miseræ plebi stabat commune sepulcrum*. (Horat.) El cadáver de Domiciano fue llevado á la *Via Latina*, el de Septimio Severo á la *Appia*, el de otro emperador á la *Laviniana*. Pero el privilegio que siempre tuvieron las vestales de ser enterradas dentro de la ciudad, que hizo esta honorífica distinción, que se lisonjeaba el amor propio, se extendió otra vez á los generales que habían recibido los honores del triunfo, á los sacerdotes, y después á todos los ministros del culto público, cuando el emperador Adriano se vió precisado á prohibir de nuevo los entierros dentro de las ciudades. (Ulp., l. 3, par. 5.) Mas como por casualidad no habló de las capitales, Antonino Pio, á quien se atribuye una ley contra el abuso de enterrar los muertos en las ciudades, com-

prendió en un Reglamento que hizo sobre este particular, las ciudades y villas de su vasto imperio.

Las tres naciones de que se formó la primitiva Iglesia hallaron la práctica del entierro establecida en ellas por los dogmas de su religión y por las leyes de su país. Los principales y los ricos fueron los únicos que adoptaron la combustión: el enterrarse fuera de las poblaciones fue una obligación que comprendía á todos, de modo que hubo pocas escepciones.



Doña Margarita de Austria.



Cementerio ó Wai-tapa en las orillas del río Hokianga.

ciones, y aun estas no se concedieron al pueblo, ni á los que morían sin hallarse revestidos de alguna dignidad. Ananías espiró á los pies de San Pedro: algunos cristianos se llevaron el cadáver, y le enterraron cerca del cuerpo de Safira su esposa. El diácono San Estéban fue enterrado por los cristianos, y aunque no consta el lugar, es probable, según el testo de San Lucas, que lo fuese en donde fue apedreado, esto es, fuera de la ciudad.

Las persecuciones que sufrieron los cristianos aumentaron el número de los santos mártires; con esto los fieles se vieron rodeados de un prodigioso número de cadáveres espuestos al desprecio y á los insultos de los paganos. Procuraban recogerlos y conducirlos á casas particulares para llevarlos de noche á las *sepulturas* públicas, ó á las catacumbas, que algunos han malamente confundido con los pozos, *puticuli*, de los antiguos romanos. Las catacumbas eran unos subterráneos en las cercanías de Roma, destinados, según algunos, para *sepultura* de los paganos, los cuales las abandonaron despues. San Gerónimo todos los domingos iba á visitar estos lugares fúnebres y oscuros, y dice: cuando me hallaba en aquella profunda oscuridad, me parecía que se verificaban en mí las palabras del Psalmista: *Descendit in infernum vivens*.

Habiéndose aumentado el número de los fieles, no fue menor el de sus mártires; de modo que las primeras *sepulturas* no eran ya suficiente para los entierros, y entonces fue cuando algunos romanos piadosos y recomendables, que habían abrazado la religion cristiana, cedieron vastas porciones de terreno que destinaron á este fin: Tal fue el origen de los cementerios, de los cuales había mas de cuarenta en las cercanías de Roma, cuyos nombres nos han conservado las historias eclesiásticas.

En los tres primeros siglos de la Iglesia las circunstancias difíciles en que se hallaron los cristianos, su situación relativamente al gobierno y á la legislación de los Césares, les precisaron á conservar el estilo que habían practicado desde el principio del cristianismo. Finalmente, el emperador Constantino habiendo abrazado nuestra religion, puso la paz á la Iglesia. Entonces los cementerios fueron adornados con el mayor cuidado, y despues todos fueron convertidos en templos particulares. Al cabo de poco tiempo fue preciso construir tres cementerios á lo largo de los mismos caminos, en los que se veían antes los *sepulcros* de las ilustres familias. La Iglesia por un motivo de agradecimiento concedió al emperador Constantino poder ser enterrado en el pórtico de la basílica de los Santos Apóstoles, que él mismo había mandado construir, cuya concesion fue tenida por un testimonio muy notable de honor y distincion. Otros sucesores de Constantino obtuvieron el mismo honor, el que por mucho tiempo fue privativo de los príncipes que se declararon protectores de la Iglesia. La analogía entre el imperio y el sacerdocio hizo que los obispos gozasen tambien de este privilegio. Varias iglesias no habían concedido esta distincion, cuando en otras la disfrutaban ya todos los sacerdotes, y despues tardó poco á estenderse á los seglares mas respetables. Siendo los obispos árbitros de estas disposiciones, se comprende por qué dicha distincion se lograba en unas partes mas fácilmente que en otras. Pero no obstante estas variaciones, no se mudó el lugar de las *sepulturas* públicas, y aquellos á quienes fue concedido el honor de ser enterrados dentro de la poblacion fueron siempre en corto número.

Hasta esta época no se habían atrevido los cristianos á penetrar en lo interior de los templos. *Singulare hoc erat quorundam sanctitatis privilegium: alias enim ecclesias mortuorum cadaveribus pollui non patiebatur*. (Mart. de antig. Monach., Rit., l. 5, c. 10, pár. 97.) Van Espen nos asegura que los emperadores cristianos procuraron siempre desterrar los entierros de las ciudades por los fundados recelos del contagio: *Imperatores chris-*

tiani sanitatem civitatum violari credebant per corpora mortuorum, quod nimio suo foetore civitates infecerunt. (T. 2, sect. 4, tit. 7, cap. 2.) *Non defunctorum causa, sed vivorum inventa est sepultura, ut corpora et visu, et odore fæda amoverentur*. (Senec. excerpt. Op. t. 2.)

Las *sepulturas* estaban en la parte exterior cerca de la iglesia, á lo largo de las paredes de las mismas, y como los fieles acudían allí para cumplir con los deberes de la religion, fue preciso ponerlos á cubierto de las injurias del tiempo; á este fin fueron contruidos los zaguanes y los pórticos, y con esto se entiende por qué los cementerios estaban inmediatos á los templos. Este fue el origen de las capillas en donde se congregaban los fieles cuando querían rogar sobre las *sepulturas*. Al principio estos pequeños edificios estuvieron separados de las iglesias, despues fueron unidos á las mismas por medio de pórticos y arcadas: finalmente, habiéndose cerrado por todas partes fueron continuacion de las iglesias. Las *sepulturas* de las referidas capillas se convirtieron en altares que en tiempo de San Gregorio el Grande se habían multiplicado considerablemente. (Thomassion, lib. 3, cap. 66, párrafo 5.)

El número de los entierros en Constantinopla y otras ciudades del imperio se había aumentado tanto, que Teodosio el Grande, de acuerdo con los emperadores Graciano y Valentiniano II, se vió precisado á renovar los edictos de sus predecesores, y á publicar la famosa constitucion que se encuentra en el Código Teodosiano. Esta ley tiene la fecha del año 381 de Jesucristo, estas son las palabras: *Omnia quæ supra terram urnis clausa, vel sarcophagis corpora detinentur, extra urbem delata ponantur ut humanitatis instar exhibeant, et relinquunt incolarum domicilio sanitatem*. (Tal vez dirá mejor *sanitatem*.) Se propuso dicho emperador prevenir la infeccion de la atmósfera, y no solo prohibió los entierros en lo interior de las ciudades, sino que mandó, como hemos visto, que los cadáveres, las urnas y las *sepulturas* fuesen trasladadas fuera de la ciudad. Siguiendo las épocas de la historia eclesiástica, hallaremos que el uso de las *sepulturas* en las iglesias estaba muy extendido, y que varios santos y personas distinguidas eran enterradas en los templos, en el coro y en las salas capitulares. Pero en medio de tanta variedad la prohibicion de dicho emperador no dejó de ser respetada, y en general se tomó el partido de llevar los cadáveres fuera de las iglesias, de modo que el ser enterados los muertos fuera de los templos al pie de las paredes de estos, era una prerogativa la mas honorífica. Aunque la práctica de los entierros dentro y fuera de las iglesias y poblaciones, tuvo en estos tiempos algunas ampliaciones y restricciones, con todo, se ve claramente que las constituciones eclesiásticas, los decretos pontificios y la tradicion inviolable que las gentes se gloriaban de observar, todo se dirigía á preservar las poblaciones de la infeccion de los cadáveres. Pero finalmente, la práctica dominante llegó á abatir la ley, y la prerogativa que en otro tiempo estaba reservada á los emperadores, fue comun con la gente de la ínfima plebe; de modo que lo que primitivamente había sido una distincion, se hizo despues un derecho comun.

DE LOS HABITANTES DEL AIRE.

Las aves no solamente son moradoras del aire, sino que tambien habitan en diferentes sitios y regiones de la tierra: los bosques, las montañas, el mar, las florestas y los desiertos, parece que se animan y se alegran con su canto. Hay pájaros para la noche, y los hay para el día, como si se hubiesen repartido entre sí la naturaleza, de que se ha declarado rey el hombre. El ruiseñor sigue los pasos de la primavera en la tierra, y la gaviota va tras las tempestades en el Océano. Los unos viven

tristes y solitarios, como el águila, el buitre y el gavilán; los otros se reúnen, y establecen repúblicas, como las cornejas trigueras, los pelícanos y las garzas. Las cigüeñas, las grullas y los flamencos forman falanjes, ponen centinelas y obedecen á un caudillo; al paso que la pezpita lleva una vida pastoral, sigue á los pastores en la pradera, y parece que guarda sus ganados. Hay aves para diferentes alturas del aire, empezando desde el águila que se remonta al cielo, hasta llegar al avestruz, al casoario y al dronte, que solo se sirven de las alas para correr en el suelo. La naturaleza ha criado á estos para las aguas tranquilas, y á aquellos para las olas alteradas. Así el cisne surca magestuosamente la superficie de un lago, y por el contrario la alondra de mar se zambulle en las cataratas, desaparece en medio de los rápidos torbellinos del agua, baja al fondo, y con la misma agilidad que en la atmósfera, busca la presa que su prevision le indica, y que ha puesto allí la naturaleza para alimentarla. El mirlo de agua, menos audaz, se pasea en el fondo del río, y va iluminado con su pompa de aire que le rodea, como un buzo bajo la campana de cristal; goza de la frescura del agua, persigue á la presa, y sale del río sin haberse mojado. Pero en el abismo del Océano, es donde los pájaros nos ofrecen las escenas mas grandiosas, á cuya vista nos parece que la Providencia ha querido poblar hasta el seno mismo de las tormentas. En medio del mar espantosamente revuelto, y al pálido esplendor de los relámpagos, la gaviota despliega sus alas blanquecinas, y se escurre entre las mismas olas que ruedan con asombrosa rapidez: abrigada con la misma ola que parece va á tragarla, bate el agua con sus patas, la roza con las alas, y corre por los surcos que forman las ondas, como el ave llamada pastorcilla por los que abre el arado en el campo.

Los mismos beneficios que la naturaleza dispensa en los desiertos solitarios del mar se concedieron á los páramos de la tierra. El pelícano y el camello tienen la propiedad de conservar en su seno una agua fresca y pura. El mismo poder que plantó la palmera en los áridos desiertos haciendo brotar de ella un licor saludable, preparó una como fuente en el pecho del pelícano; de suerte que vemos á un mismo tiempo un árbol, un cuadrúpedo y un pájaro destinados para el desierto, llevando cada uno de ellos consigo una fuente que parece tiene por objeto satisfacer las necesidades de los viajeros.

Entre esta muchedumbre de seres con que la Providencia pobló todos los sitios, hay algunos que parece nacieron para pasar aventuras.

En otro artículo veremos que estas emigraciones de las aves son un beneficio de la misma ley, cuyo orden parece que se turba con ellas; y desde luego podemos asegurar que los pájaros que pueblan todas las partes del globo no traspasan jamás los límites que les han sido prescritos para precaver sus usurpaciones, ocupando solamente los puestos que les ha señalado la Providencia. En ellos guardan fielmente las cosas que les sirven de alimento sin dejar acercarse á ningún invasor; y aunque tienen todos una fuerza inherente para destruir, está sin embargo contrapesada con la facultad de la reproduccion, tan bien equilibrada en todos los seres, que el débil crece al lado del fuerte, y la víctima á par del tirano sin que se aniquilen las especies. Las guerras entre los animales se renuevan incesantemente, y estos mismos combates y los triunfos consiguientes á ellos mantienen siempre la misma armonía. La tierra es parecida á los plátanos que encuentran los viajeros en los solitarios bosques de la Guinea, cuyas copas están pobladas de monos que viven sociablemente: alrededor del tronco se mueven centenares de serpientes enroscándose en él, y levantando sus crestas horrosas sin poder subir mas arriba, mientras que las puntas flexibles de las ramas se ven guar-

necidas de nidos de musgo, donde el pájaro pico, con un plumaje de color dorado y azul, cuida de su tímida familia, libre de la embestida de las serpientes y de los monos, que son á un tiempo sus vecinos y sus enemigos.

¡Cosa admirable! Para contener las depredaciones de los animales, y oponer un dique á su voracidad, tiene bastante la naturaleza con variar su configuracion, y de esta variedad ha nacido, como por encanto, la diversidad de los cuadros del universo. A este ha dado un pico en figura de hacha, y le ha puesto á orillas del mar para abrir las conchas: aquel recibió remos en lugar de patas para vivir en las aguas: este otro camina erguido en una especie de zancos, rebusca en los pantanos cenagosos, y se sirve de un nervio sumamente delicado que tiene en la punta del pico para descubrir la presa, que sin este auxilio no encontraría en el cieno. El pájaro pico no se aparta jamás del árbol en donde se refugia el insecto que le alimenta. El savacu (1) acecha desde la copa de los sauces al pescado, y arrojándose á él le coge con sus dos cucharas cortantes. El pico-tijera no puede picar por delante ni de lado; pero su mandíbula inferior, que sobrepasa mucho á la superior, le sirve para coger por debajo el pescado que nada en la superficie del mar; y por esta razon nunca se aparta de las riberas. Asi que no pudiendo variar el uso de sus respectivos instrumentos, cada pájaro está adherido á la pequeña porcion del globo que le ha cabido en suerte. Las aves de rapiña velan sobre nuestros campos, y parecen unos centinelas apostados en el aire para proteger los sembrados contra una infinidad de pájaros depredadores.

Tal es la ley de la naturaleza, la cual se ejecuta con un rigor inflexible, resultando de aquí una eterna lucha entre el hombre y los animales, que impide la aniquilacion de estos. Las emigraciones de las aves nos suministran una prueba palpable de lo dicho. Todos los años vienen á nuestras fértiles llanuras millares de codornices, de chorlitos y de chochas á percibir el tributo de nuestras cosechas; pero esta osadía les cuesta la vida, siendo pocas las que escapan de nuestra voracidad. A pesar de esto el instinto que las guía no las enseña á precaverse de nuestras asechanzas, y vuelven otra vez, arrojando iguales peligros, á los campos de donde el hombre las aguarda para darles la muerte. La Divina Providencia les ha enseñado un camino en el aire que no pueden abandonar, y á no ser por esta disposicion se hubiera ya alterado el orden de la naturaleza; porque las aves advertidas de tantos peligros, hubieran ido en busca de otros climas para evitar su muerte con la fuga, frustrándose de este modo los innumerables beneficios que resultan de la emigracion.

De esta variedad de instintos, de configuracion, de costumbres y necesidades, que he bosquejado ligeramente, nace la diversidad de cantos y de movimientos en las aves. La voz de los moradores de los sotos es ligera y armoniosa, como que está formada para acompañar al susurro del céfiro y de las ramas de los árboles; por el contrario en las grandes selvas y en las elevadas montañas los chirridos de los pájaros son agudos y penetrantes, mientras que las gaviotas y los petreles lanzan entre el estrépito de las ondas y de los truenos unos chillidos ruidosos, semejantes al sonido de los clarines y de las trompetas guerreras.

Muchos han escrito sobre el canto del cisne, y sin razon se ha desechado como una fábula cuanto dijeron los antiguos acerca de esto. A veces en las heladas llanuras de la Islandia, durante las tenebrosas noches de invierno, corren los campos á bandadas los cisnes despidiendo un canto armonioso semejante al sonido de una lira, notándose el mayor concierto en esta música con que parece celebran á la naturaleza. El mas diestro de ellos comienza el canto: síguele el segundo, y despues el

tercero; y al fin toda la cuadrilla los acompaña con la mas grata melodía, alternando entre ellos las preguntas y las respuestas; y el aire dulcemente agitado lleva á grandes distancias estas suaves modulaciones. Retirado en su cabana cubierta de escarcha el triste habitante de aquellos paises, despierta al ruido de esta agradable armonía, escucha y se alegra, porque estos cantos le anuncian el fin del invierno; y en efecto, no tarda en calmarse el viento, las tormentas desaparecen, y renace la primavera.

El jilguero, cuyos amores duran todo el año, canta en todas las estaciones; por el contrario, las otras aves dejan de cantar cuando cesa su amor, y tambien suelen perder esta habilidad despues que abandonan nuestros climas: los ruiseñores, por ejemplo, huyen de nuestras tierras en invierno; y el viajero, que los encuentra entonces en las costas de Siria ó en las risueñas llanuras de Egipto, se sorprende al verlos silenciosos. En vano espera que le recreen con sus dulces trinos; pues ya tristes y mudos en un suelo extranjero solo despiden revolando unos tristes gemidos. ¿Y cómo podrán olvidar nuestros vergeles y nuestros arboledas? Aquí es donde tenían el nido de sus amores, y aquí solo deben ensayar sus cantos.

La variedad de los movimientos de las aves es tan prodigiosa como la de su voz. Los unos forman círculos: otros hacen ligeras ondulaciones, y parece que se deslizan suavemente por el aire: estos se arrojan con la rapidez de una flecha, y aquellos permanecen al parecer inmóviles y como colgados del cielo. ¿Quién es el que no ha observado el columpio de la farlusa, el vuelo oblicuo y sinuoso de los pájaros de ribera, los giros circulares del estornino, y las diestras evoluciones de las grullas reunidas en falanges triangulares? A veces les sirve el movimiento de estratagema y de medio para conservarse. En Santo Domingo una bandada de estos lindos pájaros, que se conocen con el nombre de organistas, se agacha en el árbol, y se hace invisible. A proporcion que muda de sitio el cazador que los observa, los pájaros se ponen tambien en movimiento, dan vueltas silenciosamente alrededor de las ramas, y emplean en este ejercicio tanta destreza y agilidad que no es posible aventajarlos. Otros pájaros están dotados de gran ligereza: el rabihorcado se remonta á las nubes y atraviesa los inmensos mares: las gaviotas van á bandadas á pasearse por el mar á mas de doscientas leguas de distancia, y vuelven por la noche á la playa de donde salieron en la mañana. Tambien ha sucedido llevar una paloma en cuarenta y ocho horas una carta desde Babilonia á Alepo, viaje que apenas podría hacer un hombre en treinta dias.

Estos movimientos se perfeccionan con la educacion que reciben las aves de la naturaleza. A veces se habrá visto á la tierna filomena revolotear enseñando á sus polluelos un insecto que tiene en el pico, y con que los incita á volar: inquieta y desasosegada los llama, los escita y los atrae á la orilla del nido, obligándolos á ensayarse en el vuelo. El imbrim ó zamaragullon de Islandia (1) ofrece todavia un ejemplo mas maravilloso de ternura maternal. Esta ave vive en las orillas del mar, y hace su nido en la cresta de las mas escarpadas montañas: luego que sus polluelos salen de la muda no los lleva el alimento acostumbrado; pero sin embargo continúa visitándolos, y revolotea sobre ellos convidándolos á que la sigan. El polluelo, acosado por el hambre, se acerca al borde del precipicio, vacila por largo tiempo, hasta que al fin se arriesga y se lanza al aire; pero no pudiendo aun sostenerse con sus pequeñas alas, cae sobre los peñascos: corre á él la madre, se pone debajo, y llamando al macho acuden los dos de mancomun, y despliegan sus alas dejando un espacio suficiente para que el polluelo pueda manejar las suyas; y de este modo llegan los

tres á la orilla del mar, en donde está reunida una gran muchedumbre de las mismas aves. Luego que estas los ven se apresuran á recibirlos, corren á bandadas á sostener en el aire al polluelo, le guían por el mar, le rodean de cuando en cuando, y cantan complacidos á vista de este nuevo compañero que les envía la Providencia, y cuyo bienestar confia la madre á su cuidado.

De este modo parece que la naturaleza ha agotado sus dones con las aves, cuidando de adornarlas, suavizando su voz, guiándolas en sus viajes, avivando su instinto y regalándolas con la primavera.

Antes de acabar este artículo voy á hablar de algunos pájaros desconocidos á Buffon. Uno de estos es el pico-gordo de Bengala (1), aficionado á la sociedad humana, y que á ejemplo de la paloma lleva con fidelidad el mensaje que se confia: tiene además la habilidad de dividir su nido en cuatro celdillas, y hecho esto le cuelgan de una rama de la palmera. A veces en la oscuridad de la noche aparece este pájaro rodeado de una luz azulada: al mismo tiempo salen del nido unas como centellas, y el árbol se ilumina. Este curioso fenómeno proviene de unas moscas luminosas que lleva el ave á sus polluelos, y cuya luz parece una antorcha que la naturaleza ha puesto en medio de esta familia para que se alumbre con su grato resplandor.

A veces los pájaros se asocian como los insectos. Las cornejas trigueras forman sus poblaciones, y tienen cierto orden de policia. Luego que se establece una colonia de ellas en un bosquecillo, se prohíbe la entrada á todo pájaro extranjero. Su gobierno, como el de los chinos, es enemigo de la hospitalidad, en tanto grado, que aun niegan el asilo á los pájaros de su especie; habiéndose visto muchas veces dos bandadas enemigas trabar horribles combates para conservar su independencia. El pájaro piñonero sociable del cabo de Buena-Esperanza ofrece otro ejemplo de estas reuniones maravillosas (2). Esta ave pone su nido en la parte superior del tronco enorme y escurridizo de una especie de mimosa: reunidas allí ochocientas ó novecientas familias fuera del alcance de los reptiles y de las monas, tiene cada cual su habitacion; y todas estas viviendas, como si no formasen mas de un nido, están cubiertas con un solo techo que se alza sobre el árbol. Aquí no hay senado ni cabeza: los nidos son todos iguales, hay anchas calles que conducen á ellos, y esta ciudad del aire, rodeada de verde ramaje, presenta un grato espectáculo de reposo y de felicidad.

BIBLIOGRAFÍA.

UNA CALUMNIA.

Novela por la señorita doña Carlota del Riego Pica.

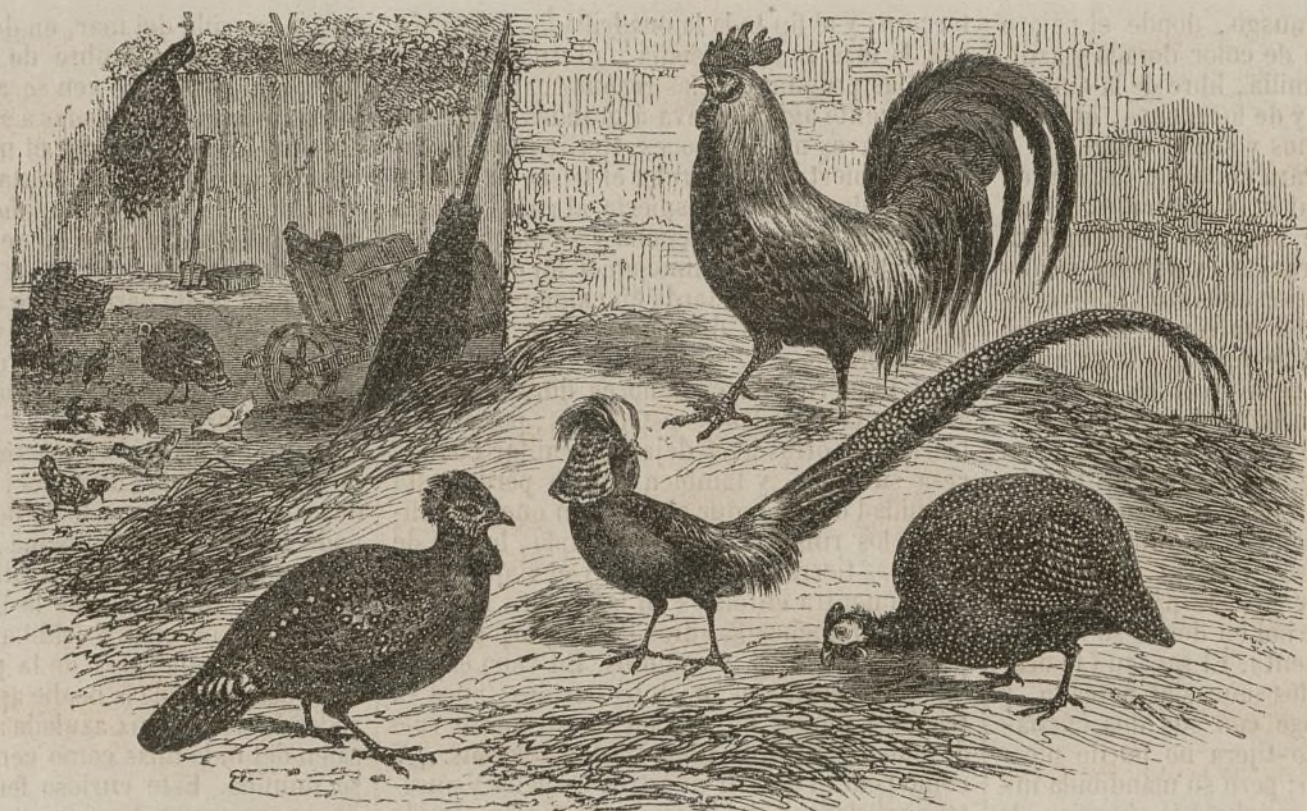
Tiempo hace que llegó por fortuna á nuestras manos con el título que encabeza estas breves líneas la segunda produccion en prosa de la señorita del Riego Pica, y al registrar sus páginas encontramos que bien puede figurar dignamente al lado de las mas delicadas novelas que continuamente reproduce la prensa madrileña. Conocemos las populares novelas de Fernandez y Gonzalez, é inútil fuera ponderar la inspiracion que se acumula en sus páginas: hemos visto mas de una vez las del fecundo novelista Ortega y Frias, las del señor Tarrago y Mateos, siempre amante del género histórico; pero entre todas las producciones que sin cesar están dando á luz con gloria de la patria mas que con provecho de ellos, aparecen otras que por su originalidad, por el sentimiento que respiran, y por el exacto retrato que en ellas se hace de las costum-

(1) Investigaciones asiáticas de Guillermo Jones.

(2) Mr. Paterson observó á este pájaro en el cabo de Buena-Esperanza.

(1) *Cancrama cochlearia*, Lin.

(1) *Colymbus glacialis*, Lin.



Las aves de la tierra.

bres sociales, han merecido siempre los aplausos de la prensa y del público en general. En ellas se nos pintan con esa sencillez que atrae, con esa dulzura que cautiva, con esa naturalidad que sorprende, ora los tiernos cuadros del hogar doméstico, ora los tipos populares, de tal manera que resulta siempre el estilo, ya sencillo, ya sublime. Tales son las célebres novelas de Fernán Caballero. Este festivo y popular escritor, bajo cuyo pseudónimo se descubre a una de las mas respetables é ilustradas damas de Sevilla, parece haber inspirado á la señorita del Riego Pica la producción que nos ocupa. Ya nos dió á conocer esta última escritora las grandes cualidades que para tan difícil género poseía en *Elena de Mendoza*; pero en *Una Calumnia* se ha levantado á tanta altura, que bien puede sentir fundada complacencia y legítimo orgullo con su segunda producción. Son tan bellos todos los capítulos, tan tiernas todas las escenas, tan elegantes todas las descripciones, y es tanto el interés que respira el conjunto, que el lector al abrir el libro va caminando de sorpresa en sorpresa, de misterio en misterio hasta el final, donde encuentra el mas natural y digno desenlace.

Magdalena, ese tipo del hogar doméstico, que por desgracia no aciertan á comprender la mayor parte de las esposas, siendo el consuelo de los pobres, reúne todas las virtudes de la madre y de la esposa, y está descrita de tal manera que cualquiera le atribuiría una vida real y positiva.

Juan es el verdadero marino, de corazón grande, honrado y generoso.

Julian, esposo de Magdalena, es el hombre que abandona el hogar doméstico por buscar allende los mares la fortuna de su familia. Todo el amor del padre, la ternura del esposo, los mas generosos sentimientos están simbolizados en él. La escena en que éste lucha en alta mar con toda la tripulación inspira gran interés y está dibujada con tan gráficos caracteres que el alma del lector siéntese embargada de mortal ansiedad. Pero cuando esto ha pasado, cuando don Cosme, tipo del positivista y avaro comerciante ofrece á Magdalena su capital por crearla viuda; cuando después de esto le promete su protección y su mano; cuando la maledicencia pública condena á la

que de buena fe se creía viuda, sin faltar en nada á los deberes que sus virtudes le imponían; cuando el drama camina paso á paso á su desenlace entre las mas bellas descripciones y las mas conmovedoras escenas, prolijo nos fuera enumerar las mil bellezas que encontramos á cada paso, porque sería necesario transcribir la producción para darla dignamente á conocer.

La autora desarrolla en todas sus páginas los mas bellos sentimientos, sintetiza en sus personajes las mas dulces afecciones, junto á las mas bastardas miras, de tal manera que el cuadro hábilmente descrito por la señorita del Riego Pica, reúne á la corrección del estilo, la belleza de los contrastes y un gran fondo de moralidad. Después de tantas y tantas dudas y de la ansiedad que naturalmente sentimos por llegar, nos vemos agradablemente sorprendidos con que Magdalena encuentre el premio de su virtud y constancia, recibiendo en sus brazos á Julian, que no había muerto, y cuyos celos se desvanecen por completo.

Juan recibe la recompensa de su honradez, y don Cosme ve cómo la justicia de Dios se cumple siempre con el que no obra conforme las leyes que el honor y el deber nos prescriben.

En resumen, la lindísima novela de la señorita del Riego Pica está llamada á figurar entre las mejores de su género, y nosotros que tenemos siempre una verdadera complacencia en leer todo aquello que creemos bueno, la felicitamos sinceramente y deseamos que continúe por la senda que con tanto acierto lleva emprendida, no dudando que se colocará bien pronto entre nuestros primeros novelistas, para bien suyo y gloria de la literatura española.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

NO TE MARCHARÁS.

Tú no te marcharás, alma mía.
CANZONE TOSCANO.

Me han dicho, niña, que marcharte quieres;
Pero no, no lo harás, que yo no quiero:
Las puertas cerraré por si salieres,
Seré siempre tu guarda y compañero.

Burlar mi vigilancia nunca esperes,
Aun cuando te proteja el mundo entero,
Verás en mí al amante y al espía,
¡Oh, no te marcharás, dulce alma mía!

¡Marcharte de mi lado! ¡Abandonarme!
¡Perder de tu mirada el dulce encanto!
¡Pensar que tal vez puedas olvidarme,
Pensar en mi dolor, que te amo tanto!
No puedes, ni podrás nunca dejarme,
Tu pecho ablandará mi crudo llanto,
La causa no serás de mi agonía,
¡Oh! no te marcharás, dulce alma mía!

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

PENSAMIENTOS.

Puede el vicio no tener juez; pero de seguro jamás le faltan fiscal y castigo; el fiscal es la conciencia, y el castigo es el remordimiento.

El estudio de la medicina es una excelente preparación para el de la metafísica.

Cousin.

Lo que llamamos casualidad no es mas que la ignorancia de las causas físicas.

Leibnitz.

Es el colmo de la ignorancia ser orgulloso.

Fontenelle.

Cuando los que mandan llegan á perder la vergüenza, los que obedecen suelen perder el respeto.

De-Retz (el cardenal de.)

Un hombre puede pasar por sabio cuando busca la sabiduría; pero si cree haberla encontrado es un necio.

Inscripción persa.

La ignorancia y el error son las grandes enfermedades orgánicas de la especie humana.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.